

través del análisis de un discurso literario que se bifurca polarizándose en los grupos Boedo y Florida, que aunque internamente heterogéneos, representan tendencias ideológicas que van más allá del campo de la estética.

Los capítulos se suceden intercalando aproximaciones a la labor de figuras individuales: Borges, Quiroga, Canela, Lugones (con numerosos papeles en el reparto), dos veces Arlt, Martínez Estrada, Gironde y González Tuñón aunados en un mismo capítulo y separados por un aparato sobre "Los viajeros" (?), Fernández Moreno, Discépolo y la vanguardia "no urbana" de Güiraldes y Lynch. A modo de compartimientos cuya interrelación no se ve con claridad, desfilan poetas, cuentistas, novelistas, dramaturgos, ensayistas, periodistas, en capítulos coronados cada uno por notas complementarias y referencias caleidoscópicas de confusos nexos y cuyos autores la edición no especifica. Por ejemplo, a continuación del Capítulo VI: "Lugones, canto natal del héroe" de Jorge Monteleone, un informe sobre la revista *Criterio* desorienta la mejor "buena voluntad" del lector. O al terminar el Capítulo XI: "Martínez Estrada: oro y piedra para siempre" de Adelaida Gigli, irrumpe Macedonio Fernández con su metafísica nada ezequeliana.

Marginada en el Capítulo V "reservado para señoras", bajo el título "Mujeres: Feminismo y Literatura", pero a la vez de significativa importancia, la Vanguardia femenina es examinada a través del quehacer literario de la mujer en su condición de sujeto social, que en relación al poder económico-cultural apela a estrategias lingüístico-textuales enmarcadas en un discurso que la suma —como objeto social— a la voz de otros sectores dominados. Con coherencia y precisa fundamentación, Delfina Muschietti estudia la producción de tres escritoras: Alfonsina Storni, Norah Lange y Nydia Lamarque, representativa de "la paulatina transformación de un imaginario y la emergencia de un nuevo sujeto social: la mujer" (pág. 149).

En el último Capítulo, "El 7 de setiembre", referido al nefasto día del golpe de Estado que abre un período trágico en la historia argentina que aún hoy no se ha revertido radicalmente, Gra-

ciela Montaldo incluye fragmentos de declaraciones y pronunciamientos de distintos sectores de la sociedad, a modo de testimonio de las voces que esquizofrénicamente argentinas aplaudían/re-pudiaban la nueva realidad.

Finalmente, una cronología de hechos histórico-políticos y otra de hechos culturales del período tratado cierran esta Historia.

El desarrollo fragmentario del texto requeriría algún modo de conclusión que complete el trabajo otorgándole cierto criterio de unidad, lo que tal vez se intente resolver cuando el lector conozca todos los volúmenes de esta ambiciosa empresa. Ojalá que en los siguientes no se detecten algunos problemas de erratas reiteradas.

De todas maneras, el presente enfoque para una lectura del quehacer literario argentino de las primeras décadas del siglo desde la perspectiva de su "entramado con la realidad política y social", es de esencial significación, en la medida en que, tal como lo planteara Eva Tabakian, implica "la posibilidad de una nueva versión de nuestra literatura. En tal sentido, la presente obra vendría a enriquecer el camino abierto por otros trabajos, como la *Historia de la Literatura Argentina* del Centro Editor de América Latina (1983), *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas, los *Ensayos Argentinos* de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930* (1988), de Beatriz Sarlo, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (1988) de Josefina Ludmer y otros, constituyéndose así en la concreción de un proyecto fundamental para la cultura argentina.

Lidia Díaz  
University of Pittsburgh

**Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.**

Julio Ramos examina en su primer libro, con brillo y sagacidad excepcionales, un tema complejo como

pocos: la constitución del discurso literario moderno en América Latina, las contradicciones que lo cruzan de parte a parte e impiden su consolidación como discurso homogéneo y la índole de sus relaciones con la política y el Estado—vale decir, con el poder. Dentro de esta perspectiva se analizan varios textos canónicos y un género en cierto sentido marginal (la crónica modernista) a la vez que se estudian algunos hechos de otro carácter, desde el surgimiento del periodismo moderno hasta la tardía instalación de los estudios literarios en las universidades latinoamericanas. En estos casos, es bueno aclararlo, se trata de mantener la atención no sobre los hechos mismos sino sobre los dispositivos discursivos que producen y son producto de esas —y otras— instituciones sociales.

Aunque atiende a muchas otras dimensiones de la modernidad literaria, Ramos se esmera sobre todo en averiguar ciertas dinámicas esenciales: la azarosa construcción de la autonomía del campo literario y sus obvias negaciones, la no menos conflictiva instauración de la autoridad social del sujeto literario moderno (y de su discurso) y la difícil restauración del sistema literario oficial luego de la quiebra (por lo demás nunca definitiva) de la tradicional República de las Letras. Del análisis de estos y de otros asuntos correlativos, Ramos extrae algunas conclusiones básicas; centralmente, la que postula la categoría de “modernización desigual”, con sus concomitancias en los tropiezos en el proceso de consolidación de la institución literaria moderna y en la “heterogeneidad” de sus discursos, discursos que en realidad nunca llegan a suturarse sus fisuras interiores ni a vincularse orgánicamente —al menos de manera suficiente— con el orden social de la modernización.

Los dos primeros capítulos (“Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo*” y “Saber decir: lengua y política en Andrés Bello”) están destinados a caracterizar el discurso tradicional, si se quiere pre-moderno, de lo que Ramos gusta denominar la República de las Letras. Con todas las diferencias del caso, Bello y Sarmiento producen discursos civiles, profundamente inscritos

en el proyecto de homogeneizar (diluyendo las disidencias del otro) el cuerpo de las naciones en formación. Aunque enjuiciadores de su entorno, esos discursos no problematizan mayormente (aunque la lectura crítica delate ambigüedades y contradicciones solapadas) ni su propia constitución como expresiones autorizadas por la alta cultura ni sus vínculos con la sociedad a la que se proponen servir. Desde una posición previamente legitimada, tienden a organizar su contorno y a definirlo en términos de totalidad, aunque ciertamente más como proyecto, o deseo, que como realidad. Es necesario destacar la perspicacia del estudio sobre Sarmiento, todo él notable pero especialmente esclarecedor en los apartados en que dialoga y discute con las inteligentes apreciaciones de Piglia acerca de las estrategias sarmientinas para autorizar su discurso.

El capítulo III —“La fragmentación de la República de las Letras”—está destinado a examinar la crisis del orden y los discursos tradicionales bajo el impacto de la modernización de la sociedad latinoamericana y —al mismo tiempo— el surgimiento de un nuevo sistema literario a través de un proceso lleno de vaivenes y ambigüedades. El núcleo de este examen está situado en el ámbito de la institucionalidad de la literatura, especialmente en sus vínculos con la educación, la política y —en general— la “vida pública”. Parte importante es el examen del significado del “letrado” dentro de un nuevo contexto, para lo cual se discuten las ideas de Rama al respecto, que tal vez son entendidas demasiado restrictivamente; y, asimismo, en un nivel más amplio, la convincente demostración de que la práctica literaria moderna no corresponde tanto a la voluntad de sus protagonistas cuanto al hecho de su marginación por una sociedad que juzga superflua —y hasta malsana— la actividad literaria.

En cierto sentido los capítulos IV (“Límites de la autonomía: periodismo y literatura”) y V (“Decorar la ciudad: crónica y experiencia urbana”) son análisis sectoriales —muy agudos ambos— de las ideas centrales expuestas en el anterior. Destacan los análisis rela-

tivos a la constitución de un nuevo público, el muy conflictivo vínculo de los escritores y el periodismo y la ambivalente relación entre aquéllos y la ciudad. Tal vez, en este último punto, sea algo excesivo el uso de las ideas de Benjamin para definir esa relación tal como se dio en América Latina.

La segunda parte del libro, dedicada casi íntegramente a Martí, se divide en cuatro capítulos y una Introducción. Sugestiva y original, la lectura que Ramos hace de Martí (en especial de sus crónicas) sirve no sólo para echar nuevas luces sobre una figura clave de nuestra literatura, sino también para matizar mediante el análisis de textos concretos (sobre todo las crónicas norteamericanas del autor cubano) algunas de las tesis expuestas de manera más general en la primera parte del libro. El último de estos capítulos ("Nuestra América: el arte del buen gobierno") es probablemente uno de los estudios más lúcidos y estimulantes que se han hecho sobre este imprescindible texto.

En suma, *Desencuentros de la modernidad en América Latina* es un libro serio y sugestivo, indispensable para comprender un momento singularmente complejo y confuso en el proceso histórico de la literatura hispanoamericana, y digno de una reflexión profunda por la sutileza y originalidad de sus propuestas.

Antonio Cornejo-Polar  
University of Pittsburgh

**Julio Ortega. *Crítica de la identidad. La pregunta por el Perú en su literatura*. México. FCE, 1988.**

En un punto entre la teoría específica y la crítica es que se sitúan los ensayos de este libro, los que abordan un tema fundamental en el pensamiento contemporáneo de cualquiera de nuestros países: el de la identidad nacional, su especificidad y sus perfiles, a partir del examen de algunos autores y textos claves. El título de la obra es de por sí suficientemente revelador; el subtítulo, por su lado, resume inuy bien el objetivo

de los ensayos. El autor se encarga en el prólogo de desarrollar la idea que título y subtítulo refieren: "En una década [la de los ochenta] marcada por la suma de todas las crisis, alentadas por la readequación neocolonial a los centros hegemónicos, que otros llaman la liberalización de las importaciones, hoy leemos más bien las señales de la violencia, pero también las de la resistencia, y regresamos a verificar el deterioro inflingido a las naciones para recobrar la trama de que estamos hechos. Estos ensayos se sitúan en esta segunda lectura, a las que tratan de dar forma; intentan describir las funciones literarias de la imaginación nacional, esto es, de la posibilidad de adquirir un sentido en el lenguaje con que construimos críticamente nuestra identidad" (p. 9).

Si bien es cierto que el libro no pretende agotar ni de lejos el conjunto de las formaciones discursivas presentes en el territorio llamado Perú, muchas de cuyas manifestaciones escritas y no escritas (y sin embargo ausentes en *Crítica de la identidad*) también pueden dar cuenta de ese imaginario en el que la identidad se revela, la lista de autores sometidos a análisis constituye un representativo muestrario de un canon que puede ser leído con ojos distintos a los tradicionales, pese a su transitada popularidad. Desde el Inca Garcilaso hasta los poetas del 60, el hilo que une a los autores abordados se remoja constantemente en la oficialidad (escritura en español culto, excepción hecha de Guamán Poma), lo cual no es óbice para un cuestionamiento sobre la función que dichos autores cumplen en la formulación de un sujeto social y cultural en búsqueda constante de su especificidad en la historia.

El primer capítulo se titula, justamente, "La fundación crítica", y en él se subraya la importancia del Inca Garcilaso en la "primera formalización de una escritura crítica americana" a partir de los *Comentarios reales*. La política "como norma ordenatriz, de raíz neoplatónica se proyecta como la pauta para la elaboración de una "moderna respuesta americana" que conjuga los ideales renacentistas de una sociedad utópica en el pasado inmediato del incario. Se propone en Garcilaso la